



Capítulo 3

MIRADAS AL TAHUANTINSUYO

Aproximaciones de peruanistas japoneses al Imperio de los incas



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Miradas al Tahuantinsuyo

Aproximaciones de peruanistas japoneses al Imperio de los incas

Hidefuji Someda y Yuji Seki (editores)

© Hidefuji Someda y Yuji Seki (editores), 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: setiembre de 2009

Primera reimpresión: junio de 2010

Tiraje: 250 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-07162

ISBN: 978-9972-42-906-4

Registro del Proyecto Editorial: 31501361000479

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

CONFIGURACIÓN DEL AUTORRETRATO DEL PERÚ Y EL IMPERIO INCA: UN ACERCAMIENTO DESDE LA ARQUEOLOGÍA PERUANA

SEKI, Yuji

Museo Nacional de Etnología

INTRODUCCIÓN

La imagen del Imperio inca se ha consolidado a través de un proceso complejo. Ningún investigador dudará que las crónicas que se escribieron después de la conquista española del Nuevo Mundo intervinieron enormemente en ese proceso a través de sus narraciones sobre los aspectos políticos y religiosos del Imperio inca. Hoy en día sin embargo, se pone un mayor énfasis en los temas post-coloniales, intentando revelar el trasfondo ideológico y los propósitos políticos de los cronistas, y se analizan las referencias y citas que se emplearon en las crónicas. Sin embargo, al tratarse la civilización inca, la literatura sigue siendo lo más importante.

Por otra parte, los estudios arqueológicos han contribuido en forma limitada a la configuración de la imagen del Imperio. ¿Sería exagerado decir que la arqueología no ha hecho más que esclarecer si sucedieron realmente o no los hechos que relatan las crónicas o agregar observaciones que permitan corregir la imagen del gobierno de los incas? De hecho, un compendio sobre los incas publicado recientemente apenas dedica tres páginas a la arqueología en el capítulo referente a la historia de la propia investigación (D'Altroy 2002:21-23). Si la arqueología está condenada a ocupar una posición tan marginal en las investigaciones sobre la civilización inca, quizás sea por la existencia previa de una literatura, aunque en el caso

específico del Perú podría influenciar además el hecho de que existiera una visión original sobre las antiguas culturas del Perú (Seki 1999).

Este artículo analizará históricamente el limitado rol que tuvo la arqueología en la consolidación de la imagen del Imperio inca, desde el punto de vista de la formación del autorretrato de un país como el Perú, territorio principal del Imperio. En este proceso se enfocará a la sociedad de los primeros años del siglo XX, cuando se establece la arqueología peruana. Se analizará el rol de la arqueología con respecto a las antiguas culturas andinas —la incaica inclusive—, relacionándola con el movimiento indigenista que tuvo auge por esas fechas. Por consiguiente, el análisis no se limitará al Imperio inca sino que llegará hasta la historia de la arqueología de las culturas andinas en general. También se estudiará la tendencia de las investigaciones y el comportamiento de los museos en países desarrollados de Occidente para describir la interacción con la sociedad peruana en torno a patrimonios culturales y analizar el rol de los museos como dispositivos para la administración cultural y la creación de una imagen autorreferencial.

1. ÉPOCA COLONIAL Y DESTRUCCIÓN DE YACIMIENTOS

El interés arqueológico en el Perú no se remonta muy atrás. Tras la conquista, los conquistadores y ricos de España y de otros países europeos ya mostraban interés en coleccionar artefactos precolombinos como «curiosidad», pero su interés se limitaba a los objetos de la civilización Azteca, en el actual México (Boone 1993:308). Hay quienes dicen que los conquistadores no coleccionaron artículos peruanos debido al desinterés cultural y estético. Si los españoles buscaban los objetos de oro en los yacimientos arqueológicos, era porque resultaba fácil convertirlos en dinero.

De hecho, en el Perú se crearon compañías o se aprovecharon *mitas*, sistema laboral originario del Imperio inca, para dirigir a indígenas en la excavación de huacas (Zevallos 1994). El término «huaca», según los cultos indígenas, se refiere a moradas de los espíritus, por lo que diversos

lugares como cerros, ríos y lagos y muchas veces los yacimientos arqueológicos eran considerados como tales.

Detrás de la proliferación de dichas excavaciones ajenas a causas arqueológicas, se vislumbra naturalmente el afán de oro por parte del monarca español. No debe olvidarse sin embargo la situación de las tierras conquistadas, donde se impuso el cristianismo y se rechazaron las religiones indígenas. Esta política represiva se llevó a cabo sobre todo mediante la campaña de extirpación de idolatrías, que comenzó apenas terminada la conquista española (Arriaga 1968 [1621]). Tras el envío de visitadores a las regiones, las huacas fueron incendiadas y no hubo ninguna atención a los vestigios, por tratarse de productos de los paganos, ni importó que fueran vendidos o fundidos. A pesar de que la evangelización fue poco a poco menos drástica y represiva, no habría gran cambio en la percepción de los españoles respecto a las huacas. Durante la Colonia los sitios arqueológicos fueron vistos fundamentalmente con una mirada negativa (por el desprecio a las religiones autóctonas) y un interés injustamente económico.

2. DESPERTAR DE LA EXPLORACIÓN DE ANTIGUAS CULTURAS

Hubo que esperar hasta la Independencia para que surgiera algún cambio en la concepción de las antiguas culturas, consideradas hasta entonces como simple objeto de explotación. Los países latinoamericanos lograron emanciparse del dominio español en los primeros años del Siglo XIX, con el apoyo indirecto de EE.UU. y Gran Bretaña. En ese contexto, el Perú también se independizó en 1821, merced al general San Martín, oriundo de la actual Argentina. Estos movimientos hacia la independencia tendrían inspiración en algunos sucesos exteriores como la Guerra de la Independencia norteamericana, la Revolución Francesa o la invasión de Napoleón en España, pero también tuvieron mucho que ver con la situación interna de América Latina (Contreras y Cueto 1999:26-39). Tanto la imposición del impuesto de la capitación, las tasas de iglesia y la

prestación de mano de obra sobre las comunidades indígenas, así como el endurecimiento tributario sobre los comerciantes e industriales, provocaron descontento entre los criollos, quienes comenzaron a considerar al régimen colonialista como un impedimento para la modernización.

En el Perú independizado, el 22 de abril de 1822, se promulgó un decreto supremo que especifica por primera vez que las construcciones monumentales que conserven rasgos históricos pertenecerán al Estado y se prohíbe sacar fuera del país los objetos excavados en sitios arqueológicos (Ravines 1984: 188). Se trata de la primera iniciativa que mostró el nuevo Estado para preservar sus antiguas culturas.

En 1836 se promulgó otro decreto que estipulaba la organización y funciones del Museo Nacional y se inauguró el Museo Nacional de Historia Natural, donde se conservaban también los datos arqueológicos, así como las colecciones de viajeros y curiosos (Tello y Xesspe 1967: 1-17). El museo, ubicado en un rincón del centro de Lima, abrió sus puertas al público y el Ministerio de Gobierno asumió la dirección, mientras la sub-dirección fue ocupada por investigadores o técnicos. Esto daba la sensación de que el Estado comenzaría a trabajar seriamente en la administración cultural a través del Museo Nacional. Sin embargo, la inestabilidad política y la falta de fondos después de la independencia empujaron al museo hacia la ruina. En 1840 el museo se trasladó a un salón ubicado en el segundo piso de la Biblioteca Nacional. Johann Jakob von Tschudi, naturalista suizo que visitó el Perú por esas fechas, tras observar la desordenada colección, deja una nota en la que lamenta la atrasada política cultural del Perú (Tschudi 1847: 80-82). De este modo, lo único que se hizo después de la independencia con respecto a la administración cultural en el Perú fue la promulgación de la normativa.

En 1856, el Gobierno empezó a reorganizar el Museo Nacional e invitó a varios sabios nacionales e internacionales, entre ellos el ilustre naturalista italiano Antonio Raimondi, para crear una comisión técnica (Tello y Xesspe 1967: 34-44). Este interés del Gobierno por la

preservación del patrimonio cultural se explica por la presencia de varios investigadores occidentales que visitaron el Perú y divulgaron al mundo las cosas que conocieron, y no por un interés surgido dentro del país. Por consiguiente, al no tratarse de un anhelo propio de los peruanos, la creación de un nuevo valor de patrimonios culturales engendró más bien fenómenos sociales lejanos del sentido original, como el incremento de excavaciones clandestinas y exportaciones ilegales, llegando al extremo de que el mismo director del Museo Nacional se apoderara de algunas piezas de la colección. Tal situación no cambió básicamente, aún cuando en 1871 se ejecutó la reforma con la que la institución y los tesoros del Museo Nacional quedaron bajo la administración de la Sociedad de Bellas Artes y se escogió el Palacio de la Exposición —actual Museo de Arte de Lima— como espacio de exhibición de las piezas (figura 1). En otras palabras, si bien en la segunda mitad del siglo XIX se dio la voz de alarma ante la destrucción de patrimonios culturales y se fomentó la exposición de los bienes culturales en el Perú, el verdadero interés por el antiguo Perú seguía siendo cosa de extranjeros. Entre ellos habría una clara curiosidad intelectual por los países latinoamericanos recién independizados o un interés por lazos políticos y económicos con las nuevas naciones (Boone 1993: 324).



Figura 1. Palacio de la Exposición.
Historia del Perú, tomo IX, Editorial Juan Mejía Baca, 1980.

Como ejemplo de ello, el primer manual sobre arqueología en el Perú fue publicado en 1851 por el peruano Mariano Eduardo de Rivero, pero Johann Jakob von Tschudi colaboró en este trabajo (Ravines 1989:14). El alemán Ernst Middendorf, por su parte, redactó una documentación de análisis arqueológico y lingüístico, basado en una estadía de 25 años en el país andino (Middendorf 1973 [1893-1895]). Otros alemanes, Wilhelm Reiss y Moritz Alfons Stübel, destacaron como geólogos que realizaron excavaciones arqueológicas en aquella época. En 1875 excavaron en Ancón, en la costa central del Perú, y entregaron los artículos encontrados al Museo Etnológico de Berlín, institución que patrocinó sus actividades (Kaulicke 1997). La mayoría de los hallazgos corresponde a culturas preincas y fueron prestados para una feria de muestras celebrada en Chicago en 1893 (Bancroft 1893).

En cuanto a Inglaterra, que mostraba interés por la expansión hacia América Latina para competir con Alemania, destacan las investigaciones ejecutadas por ingleses de clase de élite, en lugar de expediciones promovidas por el Estado. Clements Markham fue uno de esos investigadores a título personal y en 1856 publicó su obra *A Journey to the Ancient Capital of Peru with an Account of the History, Language, Literature, and Antiquities of the Incas*, que recogía su experiencia en Cusco, antigua capital incaica (Markham 1856).

Estados Unidos, como país emergente, era más ambicioso que los países europeos, en el sentido de que buscó una expansión no solo en el campo cultural sino también en términos geográficos y económicos. Incluso hubo un osado estadounidense que quiso comprar y trasladar un sitio arqueológico maya de América Central a Nueva York (Hinsley 1993: 111). Sería George Squier, uno de los fundadores de la Sociedad de la Arqueología Americana, quien representaría a los círculos de investigación de los Estados Unidos (figura 2). Squier realizó estudios de campo en una extensa área del Perú y en 1877 publicó un artículo detallado titulado *Incidents of Travel and Exploration of the Land of the Incas* (Squier 1877). Al parecer, fue la obra de William Prescott, titulada

History of the Conquest of Peru, lo que inspiró a Squier en la exploración en el Perú (Prescott 1847).



Figura 2. Coricancha (Templo del Sol) en Cusco. *Squier, 1877.*

En cuanto a Francia, por tratarse de un país que se reconoce como autoridad evaluadora de la historia de la Humanidad desde un criterio cultural, su gobierno envió misiones de estudio (Boone 1993:326). Charles Wiener hizo reconocimiento de campo a lo largo del territorio peruano entre 1875 y 1876 y registró su estudio desde los puntos de vista arqueológico, lingüístico y etnológico, pero su propósito principal fue recoger artículos para la Exposición Universal que se iba a celebrar en París en 1878 (Wiener 1993 [1880]). Los datos arqueológicos y etnológicos que recolectó ascendieron a las cuatro mil piezas y parte de ellas fueron exhibidas en el pabellón peruano en dicha feria. En este contexto, el Gobierno peruano nombró a Charles Wiener como representante del Perú en la exposición (Ravines 1989: 19).

Al parecer, en dicho pabellón instalado en el *Palais de Champ-de-Mars*, se reproducía el sitio de Huánuco Pampa, centro administrativo regional del Imperio inca, que había visitado Wiener (figura 3). En su interior se exhibían los restos arqueológicos recogidos por Wiener junto con pinturas y tejidos (Small 1878: 208). No obstante, según los dibujos que muestran esta exhibición, se observa un estilo contradictorio, ya que siendo un edificio «incaico», el friso del muro exterior presenta motivos en alto relieve que son similares a los que decoran la Puerta del Sol del sitio preinca Tiwanaku, cuyo apogeo corresponde a los siglos VI a XI.



MUSEUM PERUVIENNE DANS LE PALAIS DE CHAMP-DE-MARS.

Figura 3. Pabellón peruano instalado en el Palais de Champ-de-Mars. Small, 1878.

Pese a las distintas posiciones de los países occidentales, en sus museos se pueden encontrar muchas colecciones andinas formadas principalmente por piezas recolectadas por aquella época o adquiridas a través de coleccionistas residentes en el Perú (Tello y Xesspe 1967: 49; Ravines 1989: 15). En el contexto del positivismo científico y el evolucionismo del siglo XIX, la adquisición de conocimientos científicos era de gran importancia, pues representaba el camino al cambio social. Por ello,

tanto la antropología como la arqueología satisfacían dicho objetivo y se escogieron los museos como dispositivo para mostrar estas visiones. Por esta razón en aquellos años hubo gran auge de construcción de museos en el mundo occidental, con el consecuente incremento de la demanda de piezas para sus colecciones. Además, sobre la base del convencimiento, en boga en aquella época, de que los bienes materiales representaban a una sociedad, la acumulación de los conocimientos implicaba la acumulación cuantitativa. Según el evolucionismo y el evolucionismo social que procede del primero, exhibir las fases precursoras de la sociedad humana produciría la admiración de la sociedad occidental, que estaba por encima de toda la evolución (Clifford 1988: 228).

De cualquier modo, los resultados de los estudios realizados por los extranjeros solían publicarse y exponerse en sus propios países, lo que indica que su propósito era satisfacer la demanda de la sociedad occidental eminentemente europea. En este sentido, es dudoso que estas investigaciones de extranjeros despertaran en los peruanos de aquella época la apreciación del valor de sus antiguas culturas.

Esta débil mirada peruana hacia sus tiempos antiguos contrasta claramente con la de los mexicanos, siendo los dos países igualmente latinoamericanos. Los criollos mexicanos, que deseaban la secesión de la metrópoli, encontraron la clave de su identidad no en España, sino en la cultura precolombina única que existía en México. Las investigaciones de los sitios arqueológicos y la recolección de los artefactos comenzaron muy temprano en México y tras la independencia ya se establecieron cursos de arqueología en las universidades (Shelton 1995: 70-74).

En el caso peruano, es probable que tanto los colonizadores como los criollos estuvieran más interesados por algo tan atractivo como el oro que por la búsqueda de identidad. Además, no debe olvidarse que el Perú fue un virreinato donde se concentró un grupo de gente conservadora y pro peninsular, por lo que la búsqueda de identidad no fue muy activa, como lo indica el hecho de que la independencia del Perú se lograra gracias a un héroe extranjero. En cambio, tanto la guerra con Estados

Unidos como el establecimiento del imperialismo tras la intervención francesa tendrían gran impacto en México en cuanto al fomento del nacionalismo y en la futura política cultural. Estos incidentes ocurrieron en México a mediados del siglo XIX, mientras que en esos años el Perú estaba relativamente tranquilo. Por ello, habría que esperar hasta después de la Guerra del Pacífico para que surgiera entre los peruanos un verdadero llamamiento a la unidad nacional.

3. LA GUERRA DEL PACÍFICO Y EL BROTE DE LA IDENTIDAD NACIONAL

A finales del siglo XIX, el Perú inició la Guerra del Pacífico (1879 a 1883) en el marco de una alianza con Bolivia, que se encontraba en una situación hostil con Chile en torno a la explotación de minas de salitre. Esa guerra, que tuvo consecuencias catastróficas para el Perú, que tuvo que ceder parte de su territorio a Chile tras ser derrotado, significó, entre otras cosas, la pérdida de importante patrimonio cultural: cuando las tropas chilenas ocuparon la capital peruana, se llevaron diversos artefactos arqueológicos del Museo Nacional (Tello y Xesspe 1967: 46). La situación caótica durante la posguerra también propició la fuga de piezas arqueológicas: Adolph Bandelier, arqueólogo norteamericano que realizó trabajos de campo entre los años 1892 y 1894 en establecimientos del Imperio inca ubicados en la costa peruana y en las islas del lago Titicaca del Altiplano, en el sur, se llevó las piezas excavadas al Museo Americano de Historia Natural (Bandelier 1969 [1910]).

En 1905, el Presidente de la República, José Pardo, anunció que se establecería al Museo de Historia Nacional como centro de investigación de la historia para homenajear la dignidad del Estado. Mariano Ignacio Prado, presidente del Instituto Histórico del Perú, organismo que administraba el Museo, afirmó en la inauguración que un país sin tradición ni historia sería una nación sin alma ni espíritu, y agregó con entusiasmo que el Perú era la tierra de grandiosas civilizaciones como

la inca, con una historia excepcionalmente antigua en América del Sur, siendo el centro de la región incluso en la época colonial (Tello y Xesspe 1967: 59-65). Esto indica cómo, tras la derrota de la Guerra del Pacífico, el Perú se vio obligado a dibujar su autorretrato en unas relaciones complejas con los países vecinos como Chile y empezó a considerar a la arqueología y los museos como herramientas para la unidad nacional. De este modo, las antiguas civilizaciones quedaron enmarcadas en el evolucionismo la representación de la época dorada, ya perdida, del antiguo Perú, al igual que las civilizaciones griega, romana y egipcia para Europa (Boone 1993: 329).

No obstante, una vez más fueron los investigadores extranjeros quienes se encargaron de dibujar el retrato del Perú. El Museo de Historia Nacional estaba conformado por dos secciones, la de arqueología y la de historia, y el arqueólogo alemán Max Uhle fue nombrado jefe de la primera y posteriormente se convertiría en el director del museo (figura 4). Las actividades que desarrolló Uhle, no obstante, fueron muy distintas de las de anteriores extranjeros en cuanto al impacto en la arqueología peruana. Uhle fue un gran conocedor de la historia antigua del Perú a través de las piezas arqueológicas vendidas y conservadas en el Museo



Figura 4. Max Uhle. *Kaulicke, 1998.*

de Berlín. Trabajó incansablemente para comprender en forma global la historia antigua del Perú, ejecutando excavaciones en diversos sitios, como los de la cultura Moche en la costa norte, Pachacámac, Ancón y Chancay en la central e Ica y Nazca en la meridional; además del estudio de campo en Tomebamba, localidad incaica del Ecuador (Rowe 1998; Kaulicke 1988: 71,72).

Uhle se centró en la cultura Tiwanaku —o Tiahuanaco, como él la llamaba—, cuyo lugar representativo es Tiwanaku, un Patrimonio Cultural de la Humanidad ubicado en Bolivia; e intentó organizar la cronología peruana en base a esta cultura y la inca. Su investigación se basaba en las excavaciones estratigráficas —que en nuestros días es una metodología estandarizada y reconocida— y en el juicio de que los objetos enterrados en un cementerio deben ser cronológicamente más nuevos que los que se extraigan de los estratos que lo rodean (Rowe 1998: 17).

Hoy en día ya no se puede aceptar íntegramente la teoría de Uhle sobre el rol de Tiahuanaco en la historia peruana, luego de que se descubriera posteriormente la cultura Wari. La cultura Wari tiene como sitio representativo la ciudad de Wari, en el altiplano sureño del Perú, y al parecer tuvo gran impacto en diversas zonas del Perú. Aunque hubiera comunicaciones entre ambas culturas —Wari y Tiahuanaco—, actualmente son consideradas distintas. De cualquier modo, merece elogio su visión de intentar organizar las relaciones cronológicas entre diversas culturas basándose en dos de ellas (Inca y Tiahuanaco).

Finalmente, Max Uhle detectó la existencia de un periodo entre las culturas Tiahuanaco e Inca y otros dos periodos antes de Tiahuanaco, en una aproximación muy similar a la cronología aceptada actualmente (Rowe 1998:17). Los dos periodos anteriores a Tiahuanaco corresponden, por una parte, a culturas como Nazca, Lima y Moche (Mochica), y por otra, abarca culturas más antiguas dependientes de la pesca, identificadas en Ancón y Supe, en la costa central.

El gran afán de Uhle por reconstruir la historia del antiguo Perú se pudo confirmar también en su discurso de inauguración del museo,

cuando el arqueólogo alemán puso énfasis en lo inca y la diversidad cultural preincaica del Perú (Tello y Xesspe 1967: 65-69). La tendencia de la exposición del museo también lo corrobora: el Museo de Historia Nacional, que seguía ubicado en el Palacio de la Exposición, exhibía en el hall de la planta baja, en la zona de la escalera, esculturas de piedra de la cultura preinca Chavín y del altiplano del sur, mientras que en el hall y salas de la primera planta, tenía secciones para los restos arqueológicos de culturas preincaicas como Chimú, Nazca e Ica, además de las épocas colonial y republicana, al igual que los temas relacionados a los indígenas que viven en la selva (Tello y Xesspe 1967: 70-72). La cultura Inca no tenía especial énfasis, o más bien, fue todo lo contrario.

Max Uhle, aparte de clasificar las colecciones y elaborar su inventario, realizó excavaciones en los sitios cercanos a Lima, los de Nazca e Ica en la costa sureña y los del norte del altiplano. Pero la falta de fondos lo obligó ralentizar su investigación y dimitir de la dirección del Museo en 1911, trasladándose a Chile para continuar su investigación.

4. INDIGENISMO Y ARQUEOLOGÍA

Luego de la dimisión del arqueólogo alemán, en una administración cultural cada vez más confusa, apareció Julio C. Tello, quien había vuelto al Perú luego de tres años de estudios en el exterior. El futuro Padre de la Arqueología Peruana, además de trabajar enérgicamente en el esclarecimiento de las antiguas culturas, sobre la base de los conocimientos y estudios adquiridos en el exterior, emite activamente opiniones sobre la administración cultural. Sugirió al Ministro de Educación el nombramiento del director para la sección de antropología del Museo de Historia Nacional y promovió la elaboración de la normativa que protegiera los patrimonios culturales de excavaciones ilegales. Asimismo, se ocupó de la definición de criterios para la clasificación de los artículos de las colecciones y enfatizó la importancia de las actividades de recolección de artículos, la misión de museos como centros de investigación

y la promoción de conferencias (Tello y Xesspe 1967: 83-99). En 1913, se abrió una nueva sección de arqueología y etnología en el Museo de Historia Nacional —que se convertiría posteriormente en el Museo Nacional de Arqueología y Antropología— y fue nombrado director de la misma. Por su comportamiento reformista, sin embargo, no pudo evitar confrontaciones con las fuerzas conservadoras, y dos años después, cuando llegó a oponerse seriamente al director general del Museo, renunció a su cargo.

Aún dejando atrás el museo, Tello continuó el llamamiento sobre la importancia de la investigación arqueológica y sus esfuerzos se cristalizaron en la reorganización de los museos: el Museo de Historia Nacional se convierte ahora en la sección de historia del Museo Nacional y Luis E. Valcárcel, ilustre historiador indigenista asume su dirección (Tello y Xesspe 1967: 108-113).

Por otra parte, crece el interés por la arqueología entre la sociedad civil, y Víctor Larco Herrera, gran hacendado y filántropo de la costa norte, crea un museo arqueológico bajo el asesoramiento de arqueólogos nacionales e internacionales. En 1924 el Gobierno se lo compra íntegramente y lo llama Museo de Arqueología Peruana, —el actual Museo Nacional de la Cultura Peruana— (figura 5), solicitando a Julio C. Tello que se encargue de la dirección de la nueva institución (Tello y Xesspe 1967: 115-134).

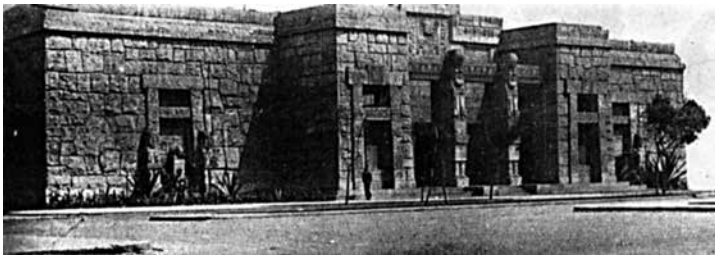


Figura 5. Museo de Arqueología Peruana. *Lafferrer, 1936.*

Estas medidas de fomento arqueológico tienen mucho que ver con la situación social de aquellos años: el 28 de julio de 1921 fue el centenario de la independencia del Perú y el 9 de diciembre de 1924 se cumplieron cien años de la batalla de Ayacucho, el último enfrentamiento campal de la independencia. Es decir, hubo circunstancias que estimularon la exaltación de la gloria nacional y el espíritu patriótico. Además, por aquellas fechas, hubo diversas oportunidades para resaltar la presencia del Perú en el exterior, como el Segundo Congreso Suramericano de Turismo, celebrado en Lima, del 19 al 30 de octubre de 1929, y la Exposición Iberoamericana organizada en Sevilla, España, de octubre de 1929 a julio de 1930, lo cual incrementó la demanda de exhibición de materiales arqueológicos peruanos. Fue un espaldarazo para la arqueología. Especialmente Tello aceptó colaborar con la Exposición Iberoamericana a condición de que le permitiera realizar nuevas excavaciones (Tello y Xesspe 1967: 145-154).

No obstante, existe un trasfondo algo más complejo en torno a la relación entre el fortalecimiento ideológico de la unidad nacional y la arqueología. El indigenismo fue una de las ideologías que influyeron en toda la región y fue la administración de Augusto B. Leguía la que intentó impulsar esta idea en el Perú desde el Estado (figura 6). El indigenismo se conoce como un movimiento que llama la atención sobre la destrucción de la comunidad indígena, actos que no cesaban desde la época colonial, y promueve la subsistencia y conservación de sus tradiciones (Favre 1996).

En el Perú, desde finales del siglo XIX, se incrementaron las actividades económicas con capitales extranjeros en actividades agrícolas como las grandes plantaciones de caña y algodón en la región costera, lo que fomentó la aparición de una nueva burguesía. Sobre todo después de la Guerra del Pacífico, bajo el régimen de la «República Aristocrática», controlada por la oligarquía hacendada, comerciante y financiera, hubo inversiones en nuevos sectores como las industrias textil y minera, construyéndose infraestructuras urbanas e instalaciones de transporte y

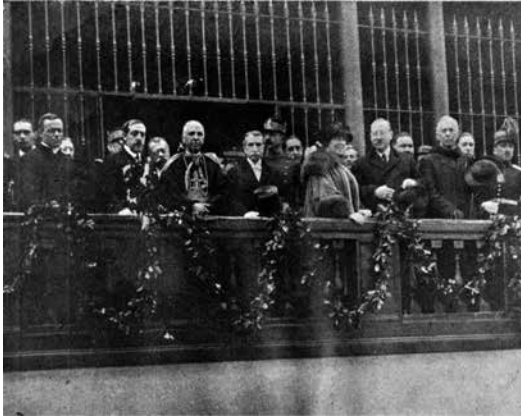


Figura 6. Presidente Augusto Leguía. En el centro, sombrero en mano, en la inauguración del museo que homenajea a Simón Bolívar, evento de la celebración del Centenario de la Independencia. *Álbum Gráfico del Centenario*, 1921.

comunicaciones para la industria exportadora (Basadre 1983). Esto aceleró la dependencia económica del exterior y los indígenas fueron explotados mediante la expropiación de terrenos comunales y el abuso de la mano de obra. Era inevitable que el pueblo indígena, sumido en la penuria, se levantara e iniciara movimientos sociales en diversos puntos del país (Contreras y Cueto 1999: 186-208).

Ante esta situación, el gobierno de Leguía, a pesar de que afirmaba la protección de la comunidad indígena, en realidad quiso promover una política de modernización convencional, ganándose el apoyo de la clase media. Intentó unificar al pueblo peruano, considerando a la sierra, donde viven muchos indígenas, como centro de provisión de la mano de obra o de alimentos para la costa, centro de las actividades industriales (Contreras y Cueto 1999: 186-208). Ante esta situación, el indigenismo se fue diversificando en varias ramas: la aparición, por una parte, del aprismo, que profesa la ideología anti-imperialista, permite el surgimiento de críticas a la dependencia exterior por parte de la

clase media y los trabajadores de la costa; por otro lado, movimientos revolucionarios como el de José Carlos Mariátegui, que sería la base del futuro comunismo peruano, pretende puramente la restauración de la comunidad indígena.

De todas formas, era lógico que el Gobierno necesitara una ideología para la unidad nacional. En este sentido es bastante comprensible que la administración escogiera a Julio C. Tello, de origen indígena, como colaborador. De hecho, fue Augusto Leguía quien ayudó a Tello en sus estudios en el extranjero. Lo que el Gobierno esperaba era que un investigador indígena como Tello exaltara una unidad nacional como la que existió en el país en el Imperio inca.

En realidad, el arqueólogo indígena no se limitó a decir públicamente que estudiar la historia del país a través de la arqueología conduciría a la unidad nacional y la prosperidad futura del país, sino también desarrolló su teoría basada en el indigenismo (Kaulicke 1998:74; Morales 1993:19). Por ejemplo, Tello, al igual que Uhle, investigó las culturas preincaicas, pero no explicó la diversidad geográfica y de estilos mediante la diferencia de grupos étnicos o sus diferentes características étnicas. En cambio, para él las antiguas culturas peruanas se formaron sobre la base de un mismo pueblo y pensó que existía una unidad entre sus idiomas y religiones (Tello 1967: 199, 200). Esto se fundamentaba en que en el Perú se establecieron bases económicas tan importantes como la domesticación de plantas y animales. Fue precisamente Julio C. Tello el primer investigador peruano que explicó desde la arqueología la característica común que tienen las antiguas culturas peruanas, aunque no lo hizo a propósito del Imperio inca. A continuación, se analizará este aspecto.

5. TEORÍA DEL ORIGEN DE LA CIVILIZACIÓN DE JULIO C. TELLO

Como se ha mencionado, Julio C. Tello fue un heredero de la metodología de investigación de Max Uhle, centrándose en la cronología para obtener un panorama histórico del antiguo Perú (Kaulicke 1998: 71-72).

Existió, sin embargo, una gran diferencia entre las investigaciones de los dos arqueólogos: el origen de la civilización. Max Uhle, dentro de la tradición de la arqueología alemana, prefirió hacer un análisis desde el difusionismo. Sobre todo, no quiso asociar directamente a las sociedades complejas que alcanzaron un desarrollo sofisticado como Nazca y Moche —culturas que él mismo identificó en la costa peruana— con otras anteriores inmaduras que dependían de la pesca. Y buscó el origen de esas sociedades complejas en áreas fuera de los Andes: zonas civilizadas de Mesoamérica, como el área maya.

En cambio, el indigenista Julio C. Tello, pese a que sí desarrolló el difusionismo, no intentó buscar su origen en el exterior del Perú (Tello 1942; Kaulicke 1998: 74). En realidad las áreas en que fijó fueron la sierra y la selva amazónica, ubicada al este de la sierra. Como ya hemos visto, para Tello, la agricultura y la ganadería constituyen parte de la base de lo andino, por lo que sería muy natural que dedicara su atención a la sierra y selva. Según su teoría, sería imposible que naciera la agricultura en un área tan seca y que requiere irrigación como la costa, aunque podría llegar hasta la región costera tal cultura desde la sierra, una vez allí consolidada. Por esta razón, se interesó por Chavín de Huántar, yacimiento arqueológico que se encuentra en un valle cercano de la selva.

Chavín de Huántar, Patrimonio de la Humanidad, se ubica en medio de los Andes, pero en una zona que va bajando hacia la ladera oriental. Se trata de un sitio donde se levantan construcciones de piedras con finalidad ceremonial y su interior es un auténtico laberinto de corredores y galerías. Hay plazas hundidas cuadradas y circulares, y constituye uno de los sitios más importantes del país, en cuanto al número de figuras combinadas y esculpidas en piedra: felinos —como jaguares—, serpientes, rapaces y seres humanos.

Julio C. Tello excavó en este sitio y descubrió que era una cultura más antigua que Moche y Nazca, y finalmente desarrolló la hipótesis de que Chavín fue un centro cultural desde el cual se difundió la civilización por todo el Perú. Esto se debe a que se encontraron vasijas, pinturas

murales y piedras esculpidas con motivos similares a los de Chavín, no solo en la costa sino por todas partes del país (Tello 1960; Carrión Cachot 1948: 16, Fig. 7).



Figura 7. Julio C. Tello (izquierda) y Ryuzo Torii, antropólogo japonés, frente al complejo arqueológico Moxeque, de la región del norte en la costa central. Tello lo consideraba como sitio que recibió influencia de la cultura Chavín. *Colección del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú.*

El investigador no consideró, sin embargo, el mismo yacimiento de Chavín de Huántar como origen de la civilización. Afirmaba que Chavín fue una cultura de apogeo, tal como muestran su arquitectura o su expresión ideológica (Tello 1960:41). Él mismo no llegó a probarlo antes de su muerte, pero creyó que el origen de Chavín estaría más al este, en la selva (Tello 1960). Su teoría se fundamentaba en que los animales y plantas esculpidos en piedra tenían elementos selváticos y que la costumbre de decapitación (cabeza trofeo), como se puede observar en la figura, se

observaba entre los shuar o jíbaros, pueblo indígena que vive en la selva (Kaulicke 1998: 74).

De modo que el interés del arqueólogo peruano se dirigió, aun en el marco del indigenismo, al origen y proceso de formación de la civilización andina más que a su última manifestación inca. Podría haber sido un procedimiento necesario para refutar a Max Uhle, autoridad simbólica de la arqueología, quien mantenía la teoría de que el origen de las antiguas civilizaciones era Mesoamérica. Para Tello era importante enfatizar que la civilización del Perú era independiente y que no procedía del exterior (Tello 1960; Carrión Cachot 1948: 9-10).

6. INCLINACIÓN HACIA LA CULTURA PARACAS

El interés del arqueólogo por el origen de la civilización se observa incluso en las excavaciones realizadas después de asumir la dirección del Museo de Arqueología Peruana. Por aquel entonces, pensaba que la colección del museo no serviría para una definición cronológica, pues sus procedencias no eran claras. Por ello, le urgía una nueva recolección de datos con información académica. A lo largo de ese trabajo, invirtió grandes energías en el esclarecimiento de las culturas en la península de Paracas, en la costa central y más al sur, en el valle de Nazca. Escogió cementerios como objeto de estudio y extrajo de ellos un gran número de fardos funerarios (Carrión Cachot 1948: 11-13).

Su apego a los cementerios y momias era notorio. Como se ha mencionado, cuando recibió la solicitud de colaborar en la exhibición en la Exposición Iberoamericana, el director del Museo de Arqueología Peruana logró que el Gobierno le concediera ayuda económica para la investigación a cambio de dicha colaboración (Tello y Xesspe 1967:158,159).

Lo que realizó Tello con estos fondos no fue investigar yacimientos incaicos, sino hacer excavaciones en Paracas y Nazca. De Paracas extrajo más de cuatrocientos fardos funerarios y en Nazca investigó más

de quinientas tumbas. Parte de los resultados de estos estudios fueron presentados en la Exposición. Uno de los motivos del investigador podría haber sido la adquisición de tejidos de excelencia a nivel nacional, pero se atisba en esto su fuerte voluntad de descubrir una cultura costera como Paracas, mucho más antigua que la cultura Inca, que ni siquiera llegó a conocer Max Uhle. También era probable que se sintiera atraído por estos estudios para conseguir una abundante información primaria, ya que, desde que era estudiante, Tello tuvo gran interés por temas de antropología física como la trepanación y las deformaciones de cráneo que efectuaron los Paracas (Espejo Núñez 1959: 25-27).

Vemos la misma tendencia en su comportamiento en el Segundo Congreso Suramericano de Turismo: en el programa oficial del Congreso se incluyó la visita al Museo de Arqueología Peruana y, aprovechando esta oportunidad, se expuso a la cultura Paracas por primera vez. Pese a que el espacio de exposición era elemental, con paredes y techos de calamina y puertas y vitrinas sencillas, las delegaciones que la visitaron mostraron gran interés. Una vez terminada la Exposición Iberoamericana, las vitrinas especiales de fabricación alemana que se usaron en ella fueron transferidas al Museo de Arqueología Peruana (Tello y Xesspe 1967: 152,168). Un artículo publicado posteriormente se refiere a este museo y describe los artefactos excavados en Paracas exhibidos en su sala principal (Lafferrer 1936).

El énfasis a la cultura Paracas en el Congreso Sudamericano no se limitó a la exposición. El mayor evento para las delegaciones oficiales fue la apertura de un fardo funerario Paracas, como último espectáculo del programa (*El Comercio* 22/10/1929). Se fue quitando la tela que cubría a la momia delante de las delegaciones latinoamericanas, quienes aplaudieron dicho evento (figura 8). Aunque no se ha confirmado si se llevaron a cabo, durante el Congreso se preparaban algunas excursiones opcionales como viajes en tren a las ciudades del altiplano central, La Oroya y Huancayo, y visitas a sitios arqueológicos en la península de Paracas (*La Crónica* 19/10/1929, claro reflejo de las ideas de Julio C. Tello).



Figura 8. Los delegados al Segundo Congreso Suramericano de Turismo en una visita al Museo Nacional de Arqueología. El doctor Tello está frente a un fardo funerario en el instante previo a ser descubierto. *La Prensa*, 30 de octubre de 1929.

En cambio, hubo poca atención a la cultura Inca, aunque en una reunión preparatoria celebrada unos meses antes del Congreso, Tello mencionó la potencialidad de Pachacámac, sitio usado por los incas, como uno de los posibles recursos turísticos. Destacó la bibliografía sobre el yacimiento escrita por los conquistadores españoles y que podría convertirse en un destino turístico apropiado, por su cercanía a la ciudad de Lima, y agregó que era necesaria su conservación y restauración para la promoción del turismo (*El Sol* 4/5/1929). Además, Pachacámac fue escogido como uno de los posibles lugares a visitar antes de llegar a Paracas, destino final de la excursión opcional. De todas formas, en aquella época ya se sabía de la presencia de culturas preincaicas en Pachacámac, por lo que queda la duda de que Tello hablara de dicho sitio en la reunión preparatoria con el fin de resaltar la civilización incaica. De cualquier modo, tiene mayor relevancia su posición de colocar la cultura Paracas en el primer plano en el Congreso de Turismo.

Entonces, ¿Julio C. Tello no tendría ningún interés por la cultura Inca? En realidad, al contrario. Realizó diversos estudios sobre el

Imperio inca, publicó ensayos y promovió su investigación (Tello 1939). Su metodología, sin embargo, fue diferente a la que él mismo empleó para investigar otras culturas antiguas: dependió de las crónicas, como lo hacen los historiadores actuales. Como indica Peter Kaulicke, mientras Max Uhle intentó acercarse a la civilización Inca exclusivamente mediante la metodología arqueológica, Julio C. Tello dio mayor importancia a la literatura (Kaulicke 1998: 71). En otras palabras, será difícil decir que contribuyó como arqueólogo a la formación de la imagen de la cultura Inca, pero no se podrá negar la posible contribución de la información sobre la historia del Imperio inca que emitía Tello como líder del mundo arqueológico. A pesar de que el interés arqueológico de Julio C. Tello no estuvo dirigido a la cultura Inca, no es que en aquellos momentos no hubiera ningún estudio arqueológico sobre el Imperio: Hiram Bingham, historiador norteamericano descubrió Machu Picchu, «la ciudad perdida incaica», en 1911 y el año siguiente excavó en dicho sitio bajo la primera autorización del gobierno en la historia de la política cultural peruana. Esto parece suscitar el interés general por el Imperio inca (D'Altroy 2002: 21,22).

En los años treinta y cuarenta se inician las excavaciones de arqueólogos peruanos en la capital incaica Cusco y sus alrededores. Los objetos de esos estudios son sitios monumentales como Saqsawaman, y se intenta documentar los restos excavados y organizar la cronología peruana hasta entonces intacta. Entre estos investigadores destaca Luis E. Valcárcel, antropólogo peruano muy conocido como uno de los líderes de la corriente indigenista (Valcárcel 1934). No obstante, habrá que decir que sus actividades fueron menos llamativas que las de Julio C. Tello, quien intentó atraer el interés por las antiguas culturas peruanas no incaicas aprovechando cualquier oportunidad de realzamiento de la gloria nacional.

7. RESTOS ARQUEOLÓGICOS EN EL MARCO DEL ARTE MODERNO OCCIDENTAL

En los capítulos anteriores hemos visto la arqueología peruana dentro de la sociedad de su propio país. En este vamos a analizarla en el marco de la política o tendencia académica de la comunidad occidental. El fuerte apego a los datos respaldados por una evidencia coherente es una postura de investigación que mostraron tanto Julio C. Tello como Max Uhle y tiene relación con los cambios en la metodología de investigación en los círculos académicos occidentales. En aquellos tiempos, el interés pasó de un simple ordenamiento de las culturas en base al evolucionismo hacia el estudio de comportamientos humanos y cambios sociales. Por ello, en el mundo arqueológico también se irá abandonando la metodología que dependía básicamente de una voluminosa y simple recolección de datos, método que se aplicaba cuando había un culto absoluto a los materiales sin tomar en cuenta el contexto en que ellos eran encontrados (Stocking 1985: 8).

Este cambio de metodología alejó de las investigaciones de los arqueólogos un gran número de materiales de procedencia desconocida conservados en los museos, al mismo tiempo que propició la interpretación de esas colecciones desde una nueva perspectiva, desde la historia de arte (Boone 1993: 331-334). Este fenómeno se sincroniza con el boom del primitivismo de principios del siglo XX en el arte occidental. Algunos artistas que quieren librarse del arte moderno occidental se inspiran en las comunidades primitivas u obras artísticas de las comunidades prehistóricas, y comienzan a adquirir esas «obras». Como resultado de ello, los museos en los países occidentales organizan con más frecuencias exposiciones de artes antiguas, con títulos como «Arte del Antiguo Perú» o «Arte Precolombino», y al mismo tiempo aparecen mayor número de intermediarios y coleccionistas de «antigüedades» (Coe 1993).

Esta corriente fue notable, especialmente en Estados Unidos, debido a la maduración del panamericanismo o concepto del hemisferio occidental iniciado desde el siglo XIX. El principio de no-intervención, proveniente de la doctrina Monroe, estimuló la unidad interna del

continente americano. Entrado el siglo XX ya estaba consolidada la idea de que todos los países americanos tenían una base común en tres aspectos: entorno geográfico aislado, organización política y derechos humanos (Barnet-Sanchez 1993: 178-182). En este contexto, Estados Unidos realizó inversiones y asistencia en los ámbitos económico y cultural, fomentando una política de buena vecindad con los países latinoamericanos. Fundaciones como la Rockefeller y Solomon R. Guggenheim realizaron activamente apoyos culturales, y Nelson Rockefeller, conocido incluso como coleccionista, brindó asistencia financiera a Julio C. Tello en los trabajos de conservación de momias de Paracas (Tello y Xesspe 1967: 213-217). Como compensación, Rockefeller le pidió al investigador peruano la donación de cuatro fardos funerarios Paracas al Museo Metropolitano de Arte. Es bastante fácil entender esto si se entiende la tendencia de la época en la que los restos arqueológicos se consideraban objetos de arte. En ese sentido, mientras la arqueología peruana funcionaba como herramienta ideológica para sostener su Estado-nación, lo que la sostenía eran los propósitos políticos estadounidenses o el concepto de arte antiguo formado en el Occidente y sus mercados.

8. LA ARQUEOLOGÍA EN LA INVESTIGACIÓN DE LA CULTURA INCA

Al contemplarse el panorama histórico de la arqueología peruana, se observa un proceso peculiar de formación del autorretrato del país: surge primero un interés económico por las antiguas culturas y luego la negación de las mismas en la época colonial; después, durante la Independencia, la arqueología se sostiene mediante el creciente interés occidental por las culturas antiguas del Perú; y en los primeros años del siglo XX, tras la derrota del Perú en la Guerra del Pacífico, se resalta la función de la arqueología como herramienta para la unidad nacional, política imprescindible para fomentar el capitalismo moderno. También hemos visto una delicada repercusión de propósitos políticos de la sociedad occidental y los cambios en la antropología y arqueología.

El indigenismo debería haber tenido una estrecha relación con la arqueología, pero hubo pocos rastros de relevancia selectiva de la civilización Inca. Mientras tanto, en México se fomentaba en forma activa el indigenismo y la unidad nacional bajo el estandarte de la civilización Azteca, pueblo indígena conquistado por los españoles, al igual que la Inca. Por consiguiente, si se compara con dichos movimientos mexicanos, la unidad nacional peruana parece quedar desenfocada. Por ello, en el Perú se puso mayor énfasis en otras actividades, como la definición de la cronología, el esclarecimiento del origen de la civilización y el estudio de diversas culturas preincaicas, sin que la arqueología ocupara necesariamente una posición principal dentro de la investigación del Imperio inca. Más bien, esta actividad quedó rezagada y fue la historiografía el área que asumió el esclarecimiento de la cultura Inca, mientras que la arqueología se ocupó principalmente de los tiempos preincas.

Aunque no se ha referido en este artículo, en los años sesenta esta situación cambia: surgen objeciones a la investigación basada en la literatura y en el enfoque casi exclusivo al Cusco y el interés se va dirigiendo a temas como la diversidad de administraciones locales del Imperio inca. Al iniciarse el trabajo conjunto entre la arqueología y la investigación de la literatura escrita por los visitantes en los primeros años de la época colonial (Morris y Thompson 1985), se despierta una mayor conciencia sobre la importancia de la arqueología para aclarar la visión general de los gobiernos locales. No obstante, la diversidad en las administraciones locales del Imperio fue tan compleja que esta tendencia no parece haber tenido una repercusión inmediata en la imagen de los incas que tenía el pueblo en general, independientemente del impacto que recibiría en el mundo académico.

Como se tratará en otros artículos posteriores, habrá que destacar la política cultural de la administración de Alejandro Toledo, del 2001 al 2006, considerado como nuevo indigenista. Nada más asumir el cargo, el primer Presidente de la República de origen indígena hizo varias veces menciones sobre la necesidad de resaltar los vínculos con la civilización

Inca y llevó a cabo una investigación sobre el sistema de Caminos del Inca —*Qhapaq Ñan*— con una participación de arqueólogos sin precedentes, bajo la dirección del Instituto Nacional de Cultura. Además, se incrementaron las investigaciones de los sitios arqueológicos pertenecientes a la cultura incaica, sobre todo en la zona del Cusco. Por lo tanto, no se podrá descartar el futuro impacto de la arqueología incaica en la formación del autorretrato del Perú. Si surgiera en el Perú el fenómeno «glocal», en paralelo al global, podrían fomentarse en ese proceso las condiciones para aumentar la relevancia de la civilización Inca.

BIBLIOGRAFÍA

Bancroft, Hubert H.

1893 *The Book of the Fair: An Historical and Descriptive Presentation of the World's Science, Art, and Industry, as Viewed through the Columbian Exposition at Chicago in 1893*. Chicago: The Bancroft Company, Publishers.

Bandelier, Adolph F.

1969 [1910] *The Islands of Titicaca and Koati*. New York: Kraus Reprint Co.

Barnet-Sanchez, Holly

1993 «The necessity of Pre-Columbian art in the United States: Appropriations and transformations of heritage, 1933-1945». En E. H. BOONE (editor) *Collecting the Pre-Columbian Past*, pp.177-207. Washington D. C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Basadre, Jorge

1983 *Historia de la República del Perú 1822-1933*. Lima: Editorial Universitaria.

Boone, Elizabeth Hill

1993 «Collecting the Pre-Columbian past: Historical trends and the process of reception and use». En E. H. BOONE (ed.) *Collecting the Pre-Columbian Past*, pp. 315-350. Washington D. C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Carrión Cachot, Rebecca

1948 *Julio C. Tello y la arqueología peruana*. Lima: Tipografía Peruana.

- Clifford, James
 1988 *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature, and Art*. Cambridge: Harvard University Press.
- Coe, Michael D.
 1993 «From *huaquero* to connoisseur: The early market in Pre-Columbian art». En E. H. BOONE (editor) *Collecting the Pre-Columbian Past*, pp. 271-290. Washington D. C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Contreras, Carlos y Marcos Cueto
 1999 *Historia del Perú contemporáneo*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- D'Altroy, Terence N.
 2002 *The Incas*. Malden: Blackwell Publishers.
- Espejo Núñez, Teófilo
 1959 *Formación universitaria de Julio C. Tello*. Lima: Editora Médica Peruana S.A.
- Favre, Henri
 1996 *El Indigenismo*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Hinsley, Curtis M.
 1993 «In search of the New World classical». En E. H. BOONE (editor) *Collecting the Pre-Columbian Past*, pp. 105-121. Washington D. C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Kaulicke, Peter
 1997 *Contextos funerarios de Ancón: Esbozo de una síntesis analítica*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
 1998 «Julio C. Tello vs. Max Uhle en la emergencia de la arqueología Peruana». En P. KAULICKE (editor) *Max Uhle y el Peru Antiguo*, pp.69-82. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Lafferrer, H.
 1936 «Una visita al Museo Arqueológico». Revista *Turismo* 107: 19-22.
- Markham, Clement R.
 1856 *Cusco: A Journey to the Ancient Capital of Peru with an Account of the History, Language, Literature, and Antiquities of the Incas*. London: Chapman and Hall.

- Middendorf, Ernst W.
 1973[1893-1895] *Perú: Observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años*, 2 vols. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Morales, Daniel
 1993 *Historia arqueológica del Perú*. En C. MILLA BATRES (editor), *Compendio Histórico del Perú I*. Lima: Editorial Milla Batres.
- Morris, Craig y Donald E. Thompson
 1985 *Húanuco Pampa: An Inca City and its Hinterland*. London: Thames and Hudson.
- Prescott, William
 1847 *History of the Conquest of Peru*. New York: Harper.
- Ravines, Roger
 1984 «La conservación del patrimonio arqueológico del Perú». *Revista Peruana de Cultura* 2: 171-210.
 1989 *Introducción a una bibliografía general de la arqueología del Perú 1860-1988*. Lima: Editorial Los Pinos E.I.R.L.
- Rowe, John H.
 1998 «Max Uhle y la idea del tiempo en la arqueología americana». En P. KAULICKE (editor) *Max Uhle y el Peru Antiguo*, pp.5-21. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Seki, Yuji
 1999 *El consumo de arqueología en la época moderna peruana: Establecimiento de museos nacionales y encubrimiento de etnicidad* (en japonés). MinpakuTsushin 85: 71-85. Osaka: Museo Nacional de Etnología.
- Shelton, Anthony Alan
 1995 «Dispossessed histories: Mexican museums and the institutionalization of the past». *Cultural Dynamics* 7 (1): 69-100.
- Small, Inigo
 1878 *L'Exposition Péruvienne. L'Exposition de Paris (Journal Hebdomadaire)* 26: 206-207.

- Squier, George E.
 1877 *Peru: Incidents of Travel and Exploration of the Land of the Incas*. New York: Harper and Brothers, Publishers.
- Stocking, Jr., George W.
 1985 «Essays on museums and material culture». En G. W. STOCKING JR. (editor) *Objects and Others: Essays on Museums and Material Culture*, pp. 3-14. Madison: University of Wisconsin Press.
- Tello, Julio C.
 1939 *Las primeras edades del Perú por Guamán Poma: ensayo de interpretación*. Lima: Museo de Antropología.
 1942 «Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas». En *Actas y trabajos científicos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, Lima 1939*, I: 689-720. Lima.
 1960 *Chavín: Cultura matriz de la civilización andina, Primera parte*. Lima: Publicación *Antropología* del archivo «Julio C. Tello» de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
 1967 *Páginas escogidas*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Tello, Julio C. y Toribio Mejía Xesspe
 1967 «Historia de los museos nacionales del Perú, 1822-1946». *Arqueológicas* 10: 1-268.
- Tschudi, J. J. Von
 1847 *Travels in Peru, during the Years 1838-1842, on the Coast, in the Sierra, across the Cordilleras and the Andes, into the Primeval Forests*. London: David Bogue.
- Valcárcel, Luis Eduardo
 1934 «Sajsawaman redescubierto». *Revista del Museo Nacional* III (1-2): 3-36.
- Wiener, Charles
 1993[1880] *Perú y Bolivia*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Zevallos Quiñones, Jorge
 1994 *Huacas y Huaqueros en Trujillo durante el Virreynato (1535-1835)*. Trujillo: Editora Normas Legales.